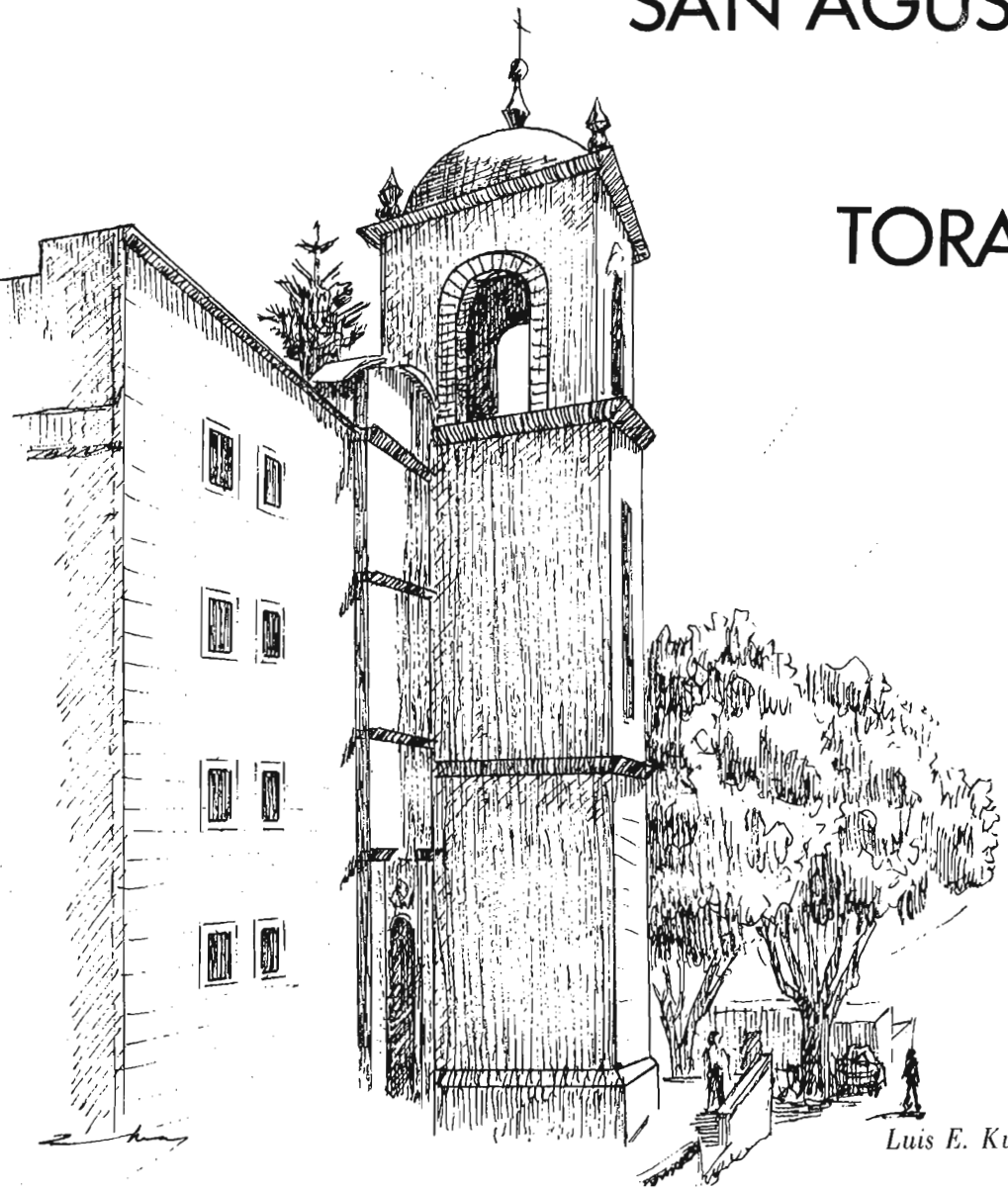
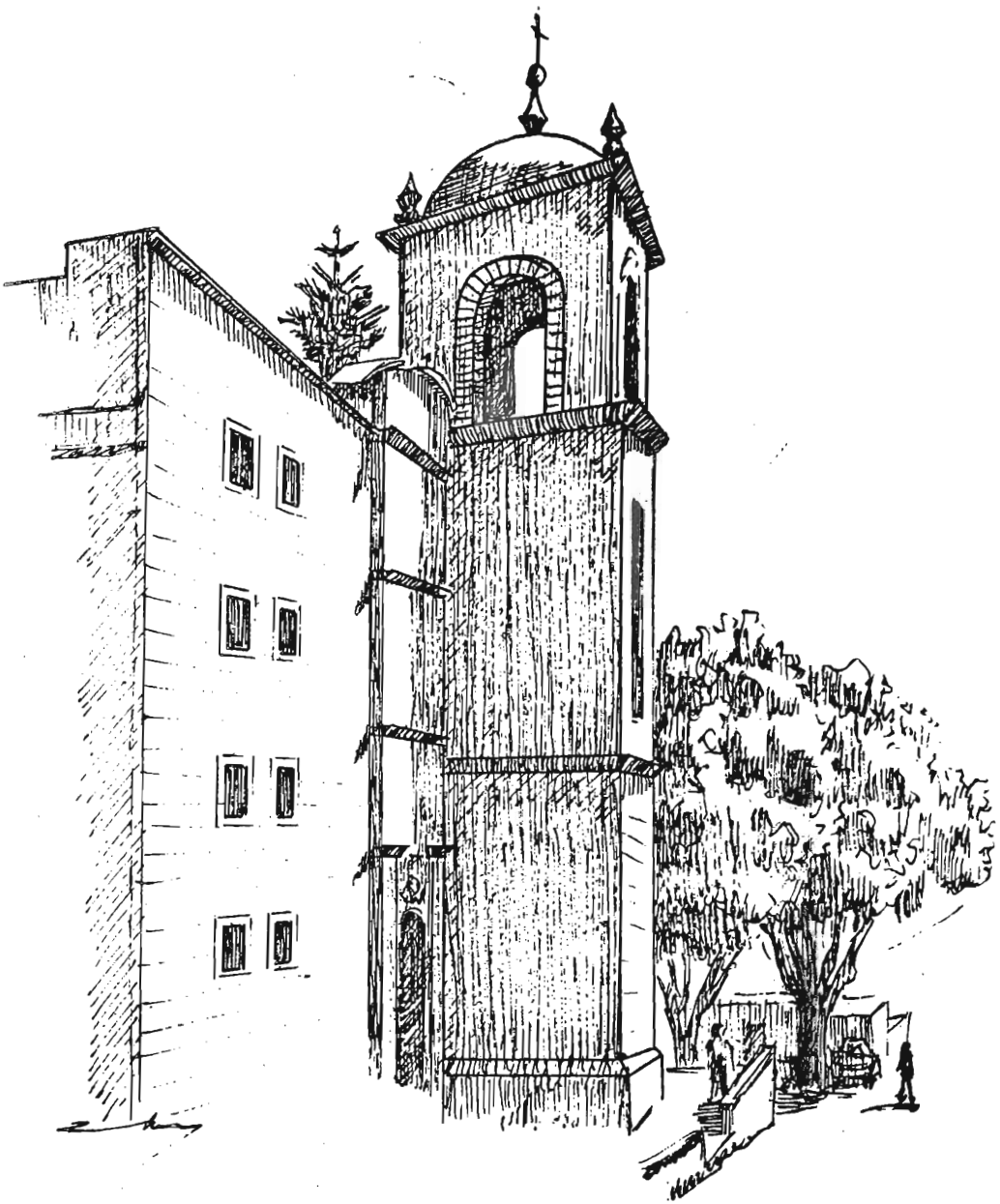
Retazos de la Historia de Moquegua

LA VILLA SAN AGUSTIN DE TORATA



Luis E. Kuon Cabello



Retazos de la Historia de Moquegua

LA VILLA SAN AGUSTIN DE TORATA

Luis E. Kuon Cabello.

Veinticinco kilómetros o algo menos, camino hacia la serranía de Moquegua, no ya por el sendero a veces estrecho señalado por los cascos de las acémilas y con paso obligado por la "Quebrada Honda", en donde el eco del traginar se repetía con sobrecogedora sonoridad; ni tampoco por la zigzagueante carretera de "Los Angeles" terminada por 1938, sino por la amplia y cómoda vía de Tumilaca, construida por 1967 como tramo de la carretera Moquegua-Puno, dejando atrás el bosque de paltos de Samegua y la quebrada de frutales y alfalfares de Tumilaca y sin perder la imponente vista del "Cerro Baúl", se llega a un pequeño paraíso enclavado dentro de las estribaciones cordilleranas a 2,140 metros sobre el nivel del mar: SAN AGUSTIN DE TORATA.

Las pequeñas y verdes lomadas con alfalfares en donde pace con placidez el ganado; las huertas de frutales, la mayor parte perdidos de la vista del viajero, con incremento cada vez mayor de los damasqueros y ciroleros; los diminutos y diseminados jardines que adquirieron fama por sus violetas y pensamientos, claveles y margaritas, arrayanes y retamas; y el murmullo cantarino de las pequeñas y rientes cascadas que discurren por doquier, llevan al visitante o al amante de la naturaleza, a un éxtasis espiritual en comunión con la quietud de la silente Villa que sonríe con su sol bajo la limpidez de su cielo azul, o llora cuando los plomizos nubarrones vierten sus lágrimas bienhechoras sobre la accidentada y poética campiña torateña.

Habitada Torata en la época pre-inca por las tribus coshunas y yacangos ellas fueron sometidas por las huestes quechuas de Mayta Cápac que emprendió su marcha de conquista hacia el oeste, después de sojuzgar a los aymaras del Altiplano. Los coshunas para resistir al invasor se parapetaron con sus mujeres e hijos, al parecer en "Cerro Baúl" y durante 50 días resistieron el asedio, rindiéndose por hambre. Los capitanes de Mayta Cápac, obedeciendo órdenes de su general, no se mostraron rencorosos ni vengativos con los vencidos, a los que más bien proporcionaron alimentos y vestidos, según Garcilazo. Conquistada Moquegua por el año 1120, Mayta Cápac fundó dos pueblos: MOQUEGUA Y COCHUNA.

Puede colegirse que los nuevos pobladores quechuas ya familiarizados con el medio en que vivían, dejaron de lado, poco a poco, el nombre de Cochuna para comenzar a llamarlo "TURITA" cuyo significado "detenerse sin caer", "pararse firme", "asirse a alguna cosa para no caer", tendría relación, tal vez, con las desigualdades del terreno, propicias a los resbalones y caídas. Con los españoles, "TURITA", se convirtió en "TORATA", y más tarde en "SAN AGUSTIN DE TORATA", desconociéndose desde que fecha tomó el pueblo ese nombre, con la probabilidad que lo hiciera, a raíz de la erección de su iglesia de adobe, colocada bajo la advocación del Gran Padre San Agustín, Patrón del Pueblo de Torata, cuando comenzaron a afincarse los españoles desde la media centuria del siglo XVI, ya que por provisión del 22 de Enero de 1540, Francisco Pizarro desde el Cuzco, repartió la región de Moquegua en encomiendas. TORATA, conjuntamente con ILO hasta Tarapacá, en posible desconocimiento de la discontinuidad territorial de ese pueblo, correspondió a Lucas Martínez de Begazo. Sin embargo, Hernando de Silva, también tenía cédula que le señalaba 135 indios mitimaes del Collao que habitaban en Cochuna. Lucas Martínez de Begazo, alegaba igualmente posesión sobre ellos y "por bien de paz e concordia" y a fin de poner término al pleito que ambos tenían ante la justicia de Arequipa, convinieron mediante escritura de 12 de Febrero de 1544, pasar Hernando de Silva la posesión

de los 135 indios a Lucas Martínez de Begazo, y éste representado por Juan Vélez, cedía a Hernando de Silva la posesión de los indios e indias que tenía en el Valle de Arequipa en los pueblos de Uchulla y Umina (Yumina) cuyos principales se llamaban Canche Páucar y Cana Condorcapa. Esto vendría a desvirtuar lo sostenido de que la encomienda de Torata correspondía a Juan Castro, quién según Mendiburu era encomendero de Ilabaya hasta Ite.

Formó parte Torata del Corregimiento de Moquegua que por 1561, pasó a integrar el Corregimiento de Chucuito que dependía de la Audiencia de Charcas hasta 1575, en que Moquegua pasó a ser Cabeza de Corregimiento. Mientras dependía Moquegua de Chucuito, un Teniente Gobernador, nombrado por el Gobernador, era la autoridad en Moquegua y Torata.

En tiempo de la Colonia, Antonio Alvarez de Jiménez, Gobernador intendente y Vice Patrón Real de la Provincia de Arequipa, en la relación legalizada de la visita que hizo al Partido de Moquegua de Setiembre a Noviembre de 1791, no habiéndose constituido personalmente al pueblo de San Agustín de Torata, por una epidemia de fiebres que estaba causando mortandad entre los indios, y más bien por los informes escritos que tuvo del Alcalde Ordinario y del cura de ese lugar, da a conocer, que la feligresia se componía de 1,147 almas, distribuídas entre los pueblos de Torata, Yacango, Tumilaca, Chuchusquea y Quele, siendo de ellas, 115 españoles. Tres calles rectas, cada una de tres cuadras y cinco calles transversales, encerraban dentro de ellas casas de tapial y adobe con techos de madera de sauce y álamo y paja de trigo, a excepción de la casa parroquial con portada de piedra y cal y una que otra pieza con tejas. El corte y carguío de leña y el labrantío de las tierras con cultivo de trigo, maíz, alfalfa, algunos cereales y frutales, era la ocupación principal de los indios varones.

El tejido de mantas o llicllas de lana, costales, medias y calcetas, ocupaban el tiempo de las mujeres. La mayor parte de los españoles y muy contados indios, se dedicaban al arrieraje con sus recuas de mulas, para el comercio de vinos y aguardientes con La Paz y otros

pueblos del Altiplano.
Paso obligado de la serranía a la costa o de ésta a aquélla, Torata ha sido desde los primeros años de la República hasta fines del siglo pasado, escenario de muchos de los acontecimientos vinculados a los sucesos de la Patria. Antes de la independencia del Perú, en las correrías efectuadas por Miller para ganar adeptos a la causa emancipadora , sorprendió y derrotó a las tropas españolas, mandadas por el Comandante Rivero en la Calera en las alturas de Torata, en Mayo de 1821. Proclamada la independencia y retirados los españoles de Lima hacia el Centro y Sur, para mantener su hegemonía en esas zonas, Torata fue el campo de batalla librada el 21 de Enero de 1823. El general argentino Rudecindo Alvarado, a quien Luis Alayza y Paz Soldán llama el "General de los tristes destinos" por lo aciago de sus campañas, despachado de Lima al mando de lo que llamó la Segunda expedición a Intermedios, compuesta de peruanos, argentinos y chilenos, en número de 3,380 hombres después de evitar a Valdez que había bajado de Arequipa para sorprenderlos en Tacna, se dirigió tras de Valdez a Torata, y aunque este último se hallaba en inferioridad numérica por los 2,200 hombres y algunas piezas de artillería con que contaba , se situó estratégicamente en las alturas de Ylubaya y Valdivia, de donde Alvarado, tácticamente errado, pretendió desalojarlo. Desde algo entrada la mañana, hasta la caída de la tarde después de nueve horas de porfiada lucha, en la que los patriotas llevando la peor parte, perdieron 24 oficiales y 300 soldados, se retiró Alvarado a Moquegua en donde dos días después, el 23 de Enero sufrió una nueva derrota ante Valdez que había recibido el refuerzo de Canterac quien bajando de Puno se le había unido en Torata, después de la batalla, con 1,200 hombres y 450 de caballería.
En otra oportunidad recordé que en las batallas de Torata y Moquegua, al igual que en Junín y Ayacucho participó la flor y nata del alto mando realista: Valdez (y en Moquegua, Canterac), Monet, García Camba y otros. I por el lado patriota Domingo Nieto con 19 años, como Oficial de Caballería, Felipe Santiago Salaverry de 17 años, Manuel

de Mendiburu, futuro autor del Diccionario biográfico-histórico del Perú, con la misma edad, como Teniente y Agregado al Estado Mayor y José Bernardo Alcedo, con 25 años, que ya había compuesto la letra del Himno Nacional. Tan importante fue para los españoles la batalla de Torata que el elemento realista bastante numeroso en Arequipa, obsequió a Valdez un sable de oro, con la inscripción: "Los amantes del verdadero mérito al héroe de Torata" y más tarde cuando a raíz de la capitulación de Ayacucho, volviera Valdez a la península, el Rey de España, entre otras distinciones, le confirió el título de Vizconde de Torata.

El 12 de Noviembre de 1823 puede estimarse como la partida de nacimiento de todos los distritos del Perú, ya que al promulgarse la la Constitución de esa fecha, en la nueva demarcación política establecida, las doctrinas del Virreynato pasaron a ser distritos. Y es así como Moquegua, conjuntamente con Torata, Ilo, Carumas, Omate y Puquina, se convirtieron en seis distritos de la Provincia de Moquegua, que era una de las siete que constituyeron el departamento de Arequipa.

En los albores de la República, bastantes méritos había reunido Torata, para merecer una distinción. Por ello y en consideración a que "la Provincia de Moquegua, especialmente su capital, ha prestado servicios muy distinguidos a la causa de la independencia" el Congreso aprobó el 3 de Junio de 1828, la Ley que promulgó José La Mar el 6 de Junio, concediendo a Moquegua el título de "BENEMERITA A LA PATRIA" y elevando a TORATA A LA CATEGORIA DE VILLA. Cerca de siglo y medio transcurrió para que, desde el 6 de Junio de 1975, la alcaldesa de Torata, Profesora Marlene Céspedes Salas iniciara los festejos de la fecha aniversaria de la elevación política de ese pueblo a Villa.

Durante uno de los gobiernos de Castilla, se creó entre otros cuerpos de ejército el Regimiento de Caballería "CARABINEROS DE TORATA" con cuatro compañías.

En el siglo pasado, en Noviembre de 1873, Nicolás de Piérola en un débil barquichuelo "El Talismán" conseguido en Chile con armas y gente, desembarcó en Pacocha y avanzó hacia Moquegua, en

donde con la colaboración de los lugareños y como hombre que sabe montar a caballo, organizó montoneras para derrocar al Presidente Manuel Pardo. Tropas de éste comandadas por Andrés Avelino Cáceres lo derrotan en Yacango el 7 de Diciembre, y dos horas después de la refriega, Piérola se dirige a Torata, para enrumbar a Arequipa, que como Torata y Moquegua también era Pierolista, siendo nuevamente derrotado en ese lugar. Veintidós años después en 1895, en tierras moqueguanas nervio y cerebro del pierolismo - como dijera López Albújar - , en donde no se había olvidado de las montoneras que años atrás organizara el mismo Piérola, a quién se mantenían adictos, se forman nuevamente guerrillas con el Coronel Jesup para unirse a la revolución coalicionista fraguada por los partidos demócrata, civil y constitucional, que había estallado en el Sur contra Cáceres que por segunda vez detentaba el poder desde el 10 de Agosto de 1894. Aparece también con el mismo fin, y en el mismo bando, en sus andanzas guerrilleras entre Moquegua y Torata, Juan Luis Pacheco de Céspedes con su escuadrón "Los Cabitos", al que se había dado este nombre por la juventud y buen número de reclutas ascendidos a esta clase. Con una merecida aureola de valentía y notoriedad con ribetes de leyenda, que ostentaba Pacheco de Céspedes desde la ocupación de Moquegua y Tacna por los chilenos, a quienes con los pobladores de una y otra ciudad, hostilizó continuamente, y esta vez en las luchas intestinas del país, en causa común con la coalición, para combatirlo y sofocar la rebelión de Moquegua, las fuerzas leales a Cáceres despacharon de Arequipa el batallón "Gendarmes" al mando del Comandante Marcos Elías Sotillo y el escuadrón "Vanguardia" comandado por Hector García que había actuado como subordinado de Pacheco contra los chilenos en Pachía en Setiembre de 1881. A los componentes del escuadrón Vanguardia se les llamaba "Los Calabreses", por el color rubicundo de la tez de algunos de ellos, descendientes tal vez de italianos de Calabria. Los citados cuerpos de ejército acantonaron en el cuartel que existía en Yarane, en la otra banda del río Torata, y en el local que en la actualidad ocupa el Puesto de la Guardia Civil. En la noche del 25 de

Noviembre de 1894, Pacheco de Céspedes atacó a los caceristas en su cuartel de Yarane. El mayor número de muertos y heridos en las filas adictas al gobierno, alentaron en los caceristas el deseo de desquite. Después de 33 días, se dice que "Los Calabreses" se encontraban oyendo misa de diez en la iglesia del pueblo, cuando por segunda vez inrrumpió Pacheco con sus guerrillas en distintas direcciones. Repuestos de la sorpresa, tanto los vanguardistas como los gendarmes se replegaron en guerrillas para atacar por distintos frentes a los 800 imberbes jinetes de Pacheco. En este combate librado desde las diez de la mañana hasta la una de la tarde del 27 de Enero de 1895, herido Pacheco en su caballo blanco, desde distancia fue víctima de las balas de los calabreses Capitán Carlos Castro y los Tenientes Cánepa y Ricardo Prado, como lo consigna el historiador tacneño Fortunato Zora Carbajal.

En el camino de herradura hacia Torata Alta y no lejos de la acequia de Chacane, una cruz ya caída, recuerda el sitio en donde fuera abatido por las balas a los 42 años, el famoso guerrillero a quien se le conociera con el apodo de "El CUBANO" por su país de origen. Sus restos reposan en el cuartel Santo Domingo del Cementerio Agueda Vizcarra Vda. de Angulo, en Moquegua, y en su tumba una lápida ostenta la leyenda: "Los jefes y Oficiales del Glorioso Regimiento de Caballería No. 1 Húsares de Junín al Coronel Juan Luis Pacheco de Céspedes, muerto en el combate de Torata el 27 de Enero de 1895".

Juan Luis Pacheco de Céspedes nacido en Cuba por 1853, fue amigo del peruano Leoncio Prado y del héroe cubano José Martí, con quienes intervino en las guerras de la independencia de aquella isla y de las que trajo como imperecedero recuerdo de su participación una herida en la rodilla derecha que siempre la llevaba vendada. Pacheco vino al Perú con Leoncio Prado al estallar la guerra con Chile. Estuvo presente en las acciones de Pisagua, Iquique y en el Campo de la Alianza el 26 de Mayo de 1880. Ocupada Tacna por los chilenos, después del combate de Arica, Pacheco de Céspedes con un escuadrón de jóvenes voluntarios, hostilizó continuamente a los invasores tanto en Tacna como en Moquegua, cuyos territorios eran

familiares por sus correrías, haciendo otro tanto en aquella ciudad, el Coronel Gregorio Albarracín con sus guerrilleros. Para Zora Carbajal - uno de sus biógrafos - a partir de 1886 hay una laguna en la vida de Pacheco que ingresó a la vida privada y se casó en Lima con Dorina Herze y Dulce. Con la revolución coalicionista volvió su figura y su nombre a ser familiar a moqueguanos y torateños.

Aunque derrotados los pierolistas en Torata por la superioridad numérica y mejor equipo de los caceristas, triunfa la coalición con la toma de Lima por Piérola el 17 de Marzo de 1895. Derrocado el héroe de la Breña, se hace cargo del Gobierno una junta presidida por Manuel Candamo, la que convocando a elecciones unge como Presidente el 8 de Setiembre del mismo año a Nicolás de Piérola, cuyo gobierno por su comportamiento le ha valido el apelativo de "Paladín de la Democracia".

Durante muchísimos años, desde la Colonia, el péndulo del tiempo se detuvo para la Villa de Torata. Resaltan únicamente sus fiestas religiosas, y aunque algunas de ellas han desaparecido, como la del 28 de Agosto dedicada a San Agustín Patrón del Pueblo, y la de San Mateo, Patrón de Tumilaca el 21 de Setiembre, se mantiene vívida la devoción a la Virgen de la Candelaria o María Santísima de la Purificación, cuya imagen, copia de la de Copacabana, según el Deán Valdivia, se venera cada dos de febrero, desde el año 1600. Sus festejos durante tres días consecutivos, a cargo de cada uno de ellos, de los alfereces devotos, de los alcaldes ordinarios y del pueblo, mantuvieron durante muchísimos años y hasta hace poco, la celebración de sonadas vísperas, en las que comparsas multicolores con sus pututos y zampoñas y acémilas cargadas de leña desde los lugares aledaños, hacían su entrada, para hacer de su carga en la plaza enormes piras que llevaban calor a la apretujada multitud en las frías y aveces lluviosas noches del primero de Febrero, mientras los juegos de artificio reventando en multicolores lagrimillas, iluminaban fugazmente, la obscura concavidad del cielo torateño.

El Templo de Torata cuya primera construcción fue de adobe y caña, fue reemplazado por el de piedra y cal, levantado desde 1691 y durante 23 años por el Vicario de Torata, Bachiller Ambrosio Javier

Galdámez y Cortereal. Con deterioros por el terremoto del 22 de Agosto de 1715, fue refaccionado por el mismo vicario, así como las averías sufridas por el sismo del 13 de Mayo de 1734, encontrando la colaboración de los indios y del vecindario. Galdámez y Cortereal, dejó además en 1739 en su testamento, un capital de once mil pesos, cuyos réditos anuales servirían para las necesidades de la iglesia, cuyo patronazgo encomendó al morir al Cabildo de Moquegua. Bastante plata labrada se dejó desde la Colonia en el altar mayor de dicho templo. Con deterioros que amenazaban la estabilidad de la única joya arquitectónica con que cuenta Torata, a raíz del sismo del 11 de Mayo de 1948, la Corporación de Moquegua, que presidía el Ing. Carlos Gonzáles se avocó a la reparación del templo. De 1961 a 1968, artífices arequipeños que tambien trabajaron en el templo de Moquegua, llevaron a cabo la obra, destacando el enchape exterior y coro del templo con piedra labrada de las canteras del lugar, el nuevo atrio, la reparación de la bóveda con revestimiento superior con ladrillo pastelero y la pintura total del edificio. en ese lapso de tiempo, la misma Corporación con el Ing. Germán Becerra de la Flor como Presidente y uno de sus directores Américo Vera Antillaqui, hijo de esa tierra, se emprendieron al costo de algunos millones de soles, importantes obras que han contribuido al ornato y mejoramiento urbano de la Villa y también de Yacango: servicios de agua y desagüe en las arterias principales, pavimentación y veredas, remodelación de la plaza, Escuela de Mujeres, Camal, Campo de fútbol y otras.

Tres molinos, en funcionamiento desde la Colonia, con su enorme piedra circular para la molienda del trigo, uno de ellos en la Pascana y otro a motor instalado en el pueblo en 1958, continúan aprovechado el cotizado cereal de la zona, lavado y secado para la producción de la harina integral, que se comercia con los pueblos del Altiplano sirviendo también con el agua del lugar, rica en magnesia, para la elaboración de "los mestizos" y del sabroso "Pan de Torata" el que en exagerado decir del deán Valdivia "tal vez, es el mejor de todo el orbe".

Torata, la Suiza de Moquegua, en la época en que el mejor remedio para el mal de Koch era el clima y la buena alimentación, ha dado hospitalario albergue a los que, de las localidades y departamentos vecinos, acudían a su suelo para la cura de su dolencia pulmonar. Con una población censada en 1961 de 3,286 habitantes, 672 en el casco urbano y 2614 en el campo, en once años, sólo aumentó en 262 personas, pues, el censo del 4 de Junio de 1972, arrojó 713 viviendas y una población de 3,568 habitantes, de ellos 1,732 en el medio urbano y 1,836 en el rural. Tan irrisorio aumento es explicable por el éxodo a que la estrechez económica del medio obligó a muchas familias y a su juventud a dejar el suelo nativo, para establecerse en Moquegua, Lima y Arequipa. Torata ha sido cuna de apellidos de figuración en la vida socio económica y cultural de ese pueblo y de Moquegua, principalmente.

Los Nieto, los Solari, los Ríos, los Espinoza, los Revilla, los Becerra, los Moscoso, los Scarsi, los Valdivia, los Chipoco, una rama de los Pinto y Morón, los Maldonado, los Dávila, los Pérez, los Rodríguez, los Vera, los Cuéllar, los Herrera, los Zegarra, los Zeballos, los Montes, los Juárez, los Portilla, los Salas, los Céspedes, los Barrera, los Jiménez, los Lagos, los Rospigliosi, los Medina, los Valencia, los López, los Ojeda y otros, cuyo involuntario olvido merece disculpa, son de los apellidos más conocidos que rebasaron los linderos de la heredad natal, para afincarse en otros lares de mejores horizontes. En la actualidad es Torata sede de los oriundos de los pagos vecinos y de un buen número de puneños, con probable aumento de su población desde el último censo. Los trabajos de Toquepala y los recientes de Cuajone, a 20 kilómetros del pueblo, al igual que el asiento minero de Quellaveco a 55 kilómetros, que se hallan dentro del territorio torateño, han traído un notable bienestar económico a muchas familias pero en los poblanos del lugar, no hay el estímulo suficiente que lleve a superar en cada quien ese sentido egoísta de la propia conservación que ahora prima, para hacer de "La Villa del Silencio", una nueva Torata, pujante y progresista, con la recuperación del perdido espíritu de acogedora hospitalidad, que antaño la caracterizara.

Estampas del Ayer

TORATA VILLA DE ENSUEÑO

Por: Domingo Gmo. Kuon Cabello.

Médico -Cirujano, Catedrático de las facultades de Medicina de San Fernado y Cayetano Heredia de Lima, es autor de la MONOGRAFIA DEL DEPARTAMENTO DE MOQUEGUA (1961), de muchísimos trabajos de índole médica y de la problemática de Moquegua y Tacna. Nacido en Moquegua, falleció en Lima el 16 de Junio de 1974.

Dos trozos andinos de granito y una quebrada alegre y clara como mañana primaveral. Campos verdes con perfume de hierba fresca, de cedrones, mirtos y arrayanes, de claveles y margaritas; policromía de pensamientos, copos de nieve y de verbenas; árboles gigantescos dentro de la miniatura del paisaje, que prodigan sus sazonados frutos: el blanquillo y el tumbo; la papaya y la ciruela, trigales de doradas espigas que dan pan bueno y sano, del que dijera el deán Valdivia que "tal vez, es el mejor de todo el orbe". Riachuelo parlero y cristalino, que como beso acaricia la madre tierra, fecundándola en su cópula de días y de noches, bajo la techura del cielo estrellado, o bajo la auspiciadora claridad de la luna; tierra que sabe del beso infinito del rubicundo Febo en los días soleados, y de las lluvias que corren por sus surcos benditos.

Aire quieto y suave que viene a reposar de las tormentas del Ande. Paz vigiliana. Casitas de tejas, casitas de barro, casitas de campo, casitas con techos de zinc acanalado. Hombres fuertes de espaldas anchurosas, con la sana alegría de quienes labran la tierra pródiga en bienes. Mujeres exuberantes, de faz coloreada con el carmín de los duraznos pintones, en cuyo seno albergan la simiente más pura del moqueguano típico, del moqueguano que espera el terruño como el Prometeo.

Torata, joyel de nuestra historia, Torata recuerdo de Moquegua que sueña.

LA FIESTA DE LA CANDELARIA

Aire de fiesta en el pueblo, Ir y venir de gentes de toda condición: Moquegua, Ilo, Carumas y pueblos aledaños se dan cita en la villa callada y triste, para testimoniar su fe en la augusta Virgen de la Candelaria. Tañido vocinglero de campanas. Desfile pintoresco de paisanos adornados con sus mejores prendas domingueras; serranitas ufanas con sus vestiduras policromadas y sombreros de flores adornadas en costumbre de solterío. Bombardas y cohetes. Comparsas de "morenos" que rivalizan para hacer más bella la fiesta con el sonsonete de sus zampoñas, bombo y tambor, repitiendo interminablemente el aire vernacular de escala pentatónica, cuidadosamente ensayado en honor de la Virgen. Arrieros en sus caballos más preciados que los traen cargados de leña, hacen su entrada triunfal a Torata, desde Ylubaya y pagos aledaños, como ofrenda que se quemará en holocausto de la Santa Patrona. Vistosos cirios que agotarán su llama en la iglesia varias veces centenaria, manteniendo la fe de los sencillos creyentes. Aire de fiesta en el pueblo, galanes y mozas que susurran endechas de amor en la acogedora y complaciente penumbra de los faroles pendientes en el centro de las bocacalles. Algarabía de alcohólicos, voces y alegrías en todos los corazones.

Trashumante y tradicional hospitalidad del torateño, con sabor a ponches, sucumbés, rosquetes bañados en almibar, sambayón, conejos fritos y asados de cordero, ágapes en el que comparte el pan de la amistad, de igual a igual, sin la quijotería pedantesca y ridícula que ofende a quien la da y deprime a quien la recibe. Y la procesión de la Virgen de la Candelaria, la gloriosa intercesora de las lluvias, desfila por las mal empedradas calles, concitando la devota admiración de los centenares de fieles, que han hecho más de una promesa palpitante de fe y de amor. Oro y seda, flores, milagros, la promesa de siempre realizar una fiesta mejor el próximo año, si tiene realización el anhelo ambicioso y pagano, recibe la Virgen como ofrenda material por sus bondades infinitas.

Y entre plegarias y cánticos, va de regreso la virgen a su templo, santuario consagrado por los siglos, idealizado por la belleza de la

ornamentación artística de sus altares, en lo que los españoles pusieron todo el esfuerzo de su alma creyente.

Tres días de demostración del espíritu colectivo; del espíritu que no muere pese al egoísmo de los hombres. Demostración de fe que hacina todas las voluntades y que toma como signo externo la adoración religiosa, como anhelo frustrado de reunir a los hombres de buena voluntad para realizar la obra que esperan todos los pueblos. Lo mejor de nuestro pasado democrático se encuentra en estas fiestas. Son la expresión típica de nuestro folklore, son la viva estampa del alma de un pueblo. Al recordar las grandezas del pasado, hay una añoranza profunda por el tiempo de nuestros abuelos; hay como un síncope en la vida del espíritu, al observar con el decaimiento de cada fiesta pueblerina, los estertores de una vida que se va para no volver.

Todo esto hay en Torata. Parece como si en el conjunto de la fiesta hubiera algo de primitivismo y sinceridad, un rememorar del "inconsciente colectivo" que tan bien describe Jung, que se repite en todos los confines del mundo, como demostración de esa fuerza profunda que alienta en el fondo de todos los hombres; fuerza de fe, anhelo social de realizar algo superior a las fuerzas personales. El frustramiento de estos anhelos obliga a exteriorizar en signos externos el deseo común de la humanidad. Las raras vestiduras de las comparsas, el sonsonete de su música, el fuego de la leña, invocan otros ritos y tienen el sabor de otras costumbres y otros pueblos. Mezcla de piedad y paganismo tienen todas estas fiestas; mezcla de tradición y auténtico sentido popular de lo que le pertenece, hay en su desarrollo. Con nostalgia de antaño, las buenas viejas al relatarnos lo que fueron, de los tiempos aquellos, de las grandes ofrendas de oro y piedras preciosas, de los ricos mantos y de los magníficos alferecs, nos hace recordar las coplas de Jorge Manrique:

Cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
da dolor.
Cómo a nuestro parecer
cualquier tiempo pasado
fue mejor.

Vendrá la carretera, vendrán otros aires civilizadores, y cuando el espíritu humano haya encontrado otros signos externos en que volcar su inquietud colectiva, morirán para siempre estas expresiones típicas de lo que fue Torata, de lo que fue Moquegua, y la hermosa fiesta de la Candelaria quedará como un suave y dulce recuerdo en el corazón.

"La Reforma"
Moquegua, 15 de Febrero de 1942.

"CERRO BAUL"
Una Leyenda que se hace realidad

Por Luis E. Kuon Cabello

Desde cualquier frente, por la carretera hacia Torata o desde el aire, se perfila, bella y gigante, la mole imponente del accidente geográfico que por su forma se conoce como "El Cerro Baúl". Escenario de la resistencia de los coshunas que encima de él se parapetaron para resistir a las tropas incas de Mayta Cápac, figura desde Noviembre de 1975, como parte integrante significativa del Escudo Departamental de Moquegua.
El nombre de "Cerro Baul", se halla ligado a una sugestiva leyenda que viene perdiéndose, como otras muchas, del recuerdo de las gentes, porque en la época actual no tienen cabida en el pensamiento los hechos irreales e inverosímiles que en tiempos pasados recreaban la imaginación de los pequeños, cuando en la quietud de las noches y apretujados unos contra otros, a impulsos de la curiosidad no exenta de alguna medrosidad, se instaba a los mayores al relato de consejas de tesoros, aparecidos y leyendas.
Para los yacangueños y torateños y para todos los que en tierna edad, tuvimos el espíritu presto para vivir en el mundo de la ilusión y de la fantasía, nos encantaba como incansables oyentes, el recuento de aquellos relatos que hacían convivir el sueño con la realidad, sin un lindero de separación entre la verdad y la ficción.
El Cerro Baúl , arca de áureos tesoros, según la leyenda popular, se hallaba celosamente custodiado por un robusto toro negro que todos los días a las doce de la noche, salía de su guarida del mismo cerro, levantando nubes de polvo con la pesada cadena de oro que iba arrastrando estrepitosamente. Bufando y mugiendo, rompiendo la quietud de las noches, avanzaba en carrera incontenible hacia el río para saciar su sed, retornando luego, a su puesto de guardián del tesoro con él encerrado en el vientre inmenso del rocoso baúl.

Quienes en recreativo fin, dieron alas a su imaginación, en tiempos que se pierden en el ancestro, trasmitiendo la leyenda del Cerro y del Toro, muy lejos estaban de vislumbrar cuán cerca de la realidad se hallaban a través de los años.

Emporio de riquezas inmensas en su seno, Cuajone y Quellaveco, con ubicación en el mismo sector geográfico del territorio torateño, serían la versión real de su alegoría "Cerro Baúl", y la locomotora, con su pitar y en su traqueteo con la hilera interminable de vagonetas cargadas con el cobrizo metal, representaría al toro y sus eslabones de oro, en marcha no hacia el río, sino rumbo al mar, camino hacia la fundición de Ilo, en donde viene saciándose la sed nacional de producción y riqueza, de trabajo y progreso, que para la región también representa, la explotación del asiento cuprífero de Cuajone por Southern Peru Copper Corporation.

Así, "Cerro Baúl", como mole de belleza natural, subsistirá a través del tiempo, sin mella ante los embates del viento, de la lluvia y de los accidentes naturales, pero su leyenda, elucubración de la fantasía humana, irá relegándose hasta quedar perdida del recuerdo, ante la palpable realidad que Cuajone en la actualidad y Quellaveco en el futuro, significan para la economía del país, al escalar el Perú al cuarto puesto en la producción mundial del cobre, y particularmente para Moquegua, constituida por derecho y producción en "LA CAPITAL DEL COBRE PERUANO".

TORATA

Por: Celestino Rospigliosi Sosa

Al pie de dos cerros y un largo cerrillo,
está el pueblo de Torata solo y sencillo,
entre huertas de un color verde amarillo,
de Chacane, el Río, Arrayán y el altillo.

Su plaza está adornada de veredas planas,
de la pila, pino, ficus y flores galanas,
de la torre de la iglesia y sus campanas,
que tañen citando a misa por las mañanas.

I en el templo de "San Agustín" colonial,
en dorado altar mayor de arte escultural,
está la Virgen de la Candelaria sin igual,
homenajeada en febrero con fe espiritual.

Las seis angostas calles son transversales,
las cinco de Este a Oeste longitudinales,
todas ellas fenecen en caminos naturales,
siguiendo a los cuatro puntos cardinales.

El prodigio que obsequia todo lo natural,
el comercio y la carretera internacional,
su pueblo, sus escuelas y luz artificial,
están levantando su nivel socio-cultural.

Su río es la vida y su Iglesia relicario,
su clima es otoñal y su nombre milenario,
su agua es rica , orgullo de su vecindario,
así es Torata como un paraíso legendario.

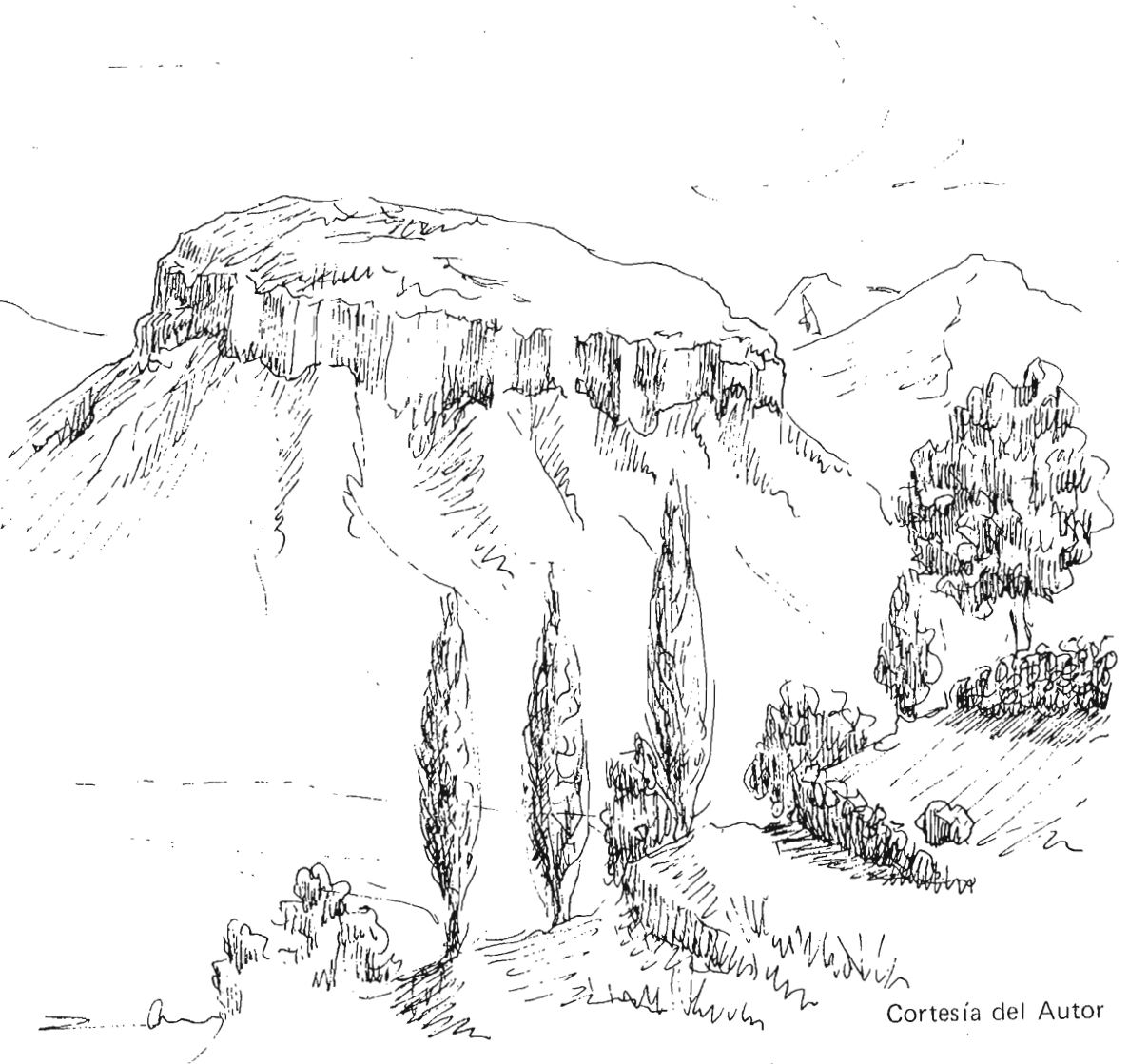
Afirmando la belleza que aquí se retrata,
está la Ley de un SEIS DE JUNIO que data,
de UN MIL OCHOCIENTOS VEINTIOCHO y es grata,
porque ella la renombró "VILLA DE TORATA".

Moquegua, Otoño de 1977.

1828 1977

6 de Junio

149° Aniversario de la elevación de TORATA a VILLA



Cortesía del Autor